

Ensayos

Gabo, de perfil

El escritor colombiano a veinte años de haber recibido el Nobel

Publicado en la revista Debate, Lima 2003

A los dieciocho años ya yo había leído al menos cuatro obras de García Márquez, y como no reparaba en las fechas de edición y era un sujeto más o menos iletrado, suponía que aquel hombre del bigote tenía una fuerte influencia de Isabel Allende. Aún me resistía a leer «Cien años de soledad», porque había observado cómo mi madre hacía un diagrama de nombres y apellidos, una especie de laberinto o árbol genealógico, para no confundir a hijos, nietos y biznietos que se llamaban de forma parecida y llenaban las 600 páginas del curioso legajo. Luego, cuando choqué con la novela, comencé a dejar de creer que aquel Premio Nobel era una falacia y quise saber más acerca de las circunstancias de la invención de Macondo.

En el año 1966, el hoy poderoso agente literario Guillermo Schavelzon, entonces veinteañero sin más de dos años de experiencia en el negocio editorial, voló de Buenos Aires a México en busca de mejores vientos en la compra-venta y tras la pluma de jóvenes autores. Según consejo de Ángel Rama, valía la pena contactar a un par de desconocidos latinoamericanos que serían importantes en años venideros: el peruano Mario Vargas Llosa, y un colombiano residente en México llamado Gabriel García Márquez.

Así que el joven Willy Schavelzon, que ya entonces sabía más por diablo que por viejo, consiguió que Gabo le vendiera los derechos «de por vida» del libro de relatos «Los funerales de la mamá grande», por la suma de 500 dólares. Según cuenta, García Márquez le explicó que estaba trabajando en una obra lenta y ambiciosa, y su esposa Mercedes y él no tenían para pagar el alquiler. Cerrando el círculo, Schavelzon se regresó a Buenos Aires sin que la editorial para la cual trabajaba se interesara demasiado en el hecho de que cargara con el libro de Gabo, y «Los jefes», de Mario Vargas Llosa.

Dos meses después, sin haber recibido aún los 500 dólares, Mercedes empeñó los anillos de oro del compromiso entre ella y Gabo, y éste reclamó cortésmente a la editorial que dejaran de velar a la mamá grande y le mandaran de vuelta el libro. Año y medio después, en junio de 1967, llenó las librerías de Buenos Aires la primera edición de aquella ambiciosa novela que ocupaba a García Márquez en sus años duros: «Cien años de soledad». Su autor era portada del semanario Primera Plana, donde el joven jefe de redacción Tomás Eloy Martínez lo señalaba como la gran revelación de la literatura latinoamericana. Entonces comenzó el despegue de una gloria que había demorado unos años en entrar al mercado editorial, pero cuando lo hizo, lo hizo por la puerta ancha.

Si García Márquez fue el Cristóbal Colón del realismo mágico, Alejo Carpentier fue su Américo Vespucio. Gabo había descubierto, de forma totalmente empírica, a esa América que ya estaba ahí. Escribir sobre realidades que parecían maravillosas, ya se había hecho desde los tiempos de los cronistas de indias, en los pueblos increíbles de Faulkner, en las sagas de Islandia y hasta en los viajes de Marco Polo. Pero Gabo no le había puesto nombre, según la más limitada estirpe colombiana, por la sencilla razón de que él no es un intelectual, sino un genial artesano de la palabra escrita. En cambio Carpentier le puso nombre e hizo parecer nuevo mundo aquel ancestral realismo mágico que estaba por todas partes.

La piedra angular para comprender el estilo de García Márquez es su empirismo. No tuvo una formación letrada en el sentido ortodoxo, tampoco vino de una familia donde los libros fueran el juguete de los párvulos, enseguida dejó la universidad para dedicarse a escribir, y por tanto, sus primeros y escuálidos ingresos a costa de la palabra escrita vinieron del periodismo y de los guiones para cine. Siempre he pensado —la idea es original de Salazar Bondy— que ambos oficios envilecen el estilo literario. García Márquez se formó escribiendo artículos y otros artefactos que tienen demasiadas consideraciones con quien paga para leerlos. Por eso siempre me he debatido entre la admiración y el rechazo ante la obra de García Márquez.

No concuerdo con Borges cuando decía que a «Cien años de soledad» le sobaban cincuenta años, sin embargo, sigo pensando —esta vez metafóricamente, pero con plena conciencia de causas y consecuencias— que Gabo tiene notorias influencias de Isabel Allende. Sus personajes no parecen contruidos para vivir teniendo en cuenta la

infinita gama de matices psicológicos que es este bípedo implume llamado hombre, sino para «entrar en escena». Son actores de una dramaturgia ingeniosa, diestra y deslumbrante. Pero demasiado fáciles y encerrados entre las cuatro paredes de argumentos minuciosamente prefabricados.

¿Qué es un guión de cine? Según Pier Paolo Passolini, en el guión el autor tiene conciencia de que su obra no es literaria ya que se trata de estructuras provisionalmente lingüísticas, que en realidad quieren ser otras estructuras: puntualmente cinematográficas. De ahí que el escritor de guiones lo haga pensando en cómo podría ser visualizado su universo por parte del lector. Siempre me ha dado la impresión de que los personajes de García Márquez están sometidos a esta tiranía de cómo serán recibidos por el lector, y a una segunda y quizá más esencial tiranía: cómo deben comportarse para encajar en el argumento real maravilloso, o policial, o melodramático, de la novela preconcebida. Y no creo que Gabo sea el maquiavélico constructor de realidades que embauquen a todo el mundo, sino que él mismo se parece al lector que imagina, acaso de modo inconsciente. Dicho a rajatabla: sus novelas, después de «Cien años de soledad», son la brillante pirotecnia de un genial artesano, pero no mucho más.

Pasemos revista a su obra más notable después de que García Márquez inventara Macondo y de que el Nobel inventara a García Márquez. «Crónica de una muerte anunciada» (1981), es fascinante y perfecta como un bonsái, pero asimismo permanece a la sombra de «Cien años de soledad» como si esta última fuera un baobab protector. En «El amor en los tiempos del cólera» (1988), no pude evitar ciertos momentos de cólera al ver repetirse más de una fórmula ensayada con éxito en Macondo, pero sobre todo es una de las dos novelas de García Márquez que más claramente demuestran que los personajes tienen un destino trazado por la tiranía de un argumento: deben cumplir una pasión amorosa que se va a postergar hasta que alcancen los 70 años, imposible salirse del guión. Por eso cuando uno lee la novela todo el tiempo tiene la impresión que Florentino y Fermina deben hacer algo al respecto, pero el autor demiurgo no los deja porque le resulta imprescindible alimentar el patetismo de la trama.

Lo mismo ocurre con «Del Amor y otros demonios» (1994), sólo que en este caso a mí como lector se me metió el diablo en el cuerpo al ver que los ingredientes de la trama (la religiosidad rancia, una Lolita corta y costumbrista, y el estigma moral), eran como requisitos que se cumplían con cada diálogo o actitud de los personajes. Al final la novela parece un formulario que solicita del lector las emociones más simples y efusivas. «El general en su laberinto» (1990), es una obra digna, pero acaso tergiversada por cierta sensiblería que me cuesta armonizar con el protagonista Simón Bolívar, a menos que el protagonista pueda llamarse Pedro o Juan de los Palotes sin atender a su condición histórica. Por último «Noticia de un secuestro» (1996), ocupa la primera línea dentro de su género, una especie de gigantesco reportaje periodístico, o acaso lo que algunos considerarían bajo el intolerable oxímoron de «periodismo literario», término que siempre me ha parecido una caprichosa contradicción. Este ámbito el libro se salva y tiene mucho que enseñarnos, pero no llega a ser cola de león en la gran literatura, sino cabeza de ratón dentro del buen periodismo.

Al final de la historia acabamos de recibir las memorias de Gabo bajo el título «Vivir para contarla», con un lanzamiento de bombos y patillos que las hace parecer más un detergente que una pieza del espíritu. Puede verse como una interesante novela, pues se arma rigurosamente entre tramas y subtramas, protagonistas y actores de reparto sin que sintamos el peso forzado de la biografía. Yo he preferido leerla como una cátedra que enseña a escribir textos personales de largo aliento, armonizando la recreación de problemas sociales y mitificaciones familiares. Libro excelente como «memorias», pero no extraordinario como novela. Pasando de gustos y disgustos ante la obra de García Márquez, sucumbo a un principio básico que enunció Stendhal y luego muchos han repetido sin saberse ya quién es su dueño: «un autor tiene derecho a ser juzgado por su obra cumbre y no por sus declives». Por ello poco importa que en sus primeras obras Cervantes no tuviera influencias del Quijote. Por ello ese genial artesano de la palabra que es Gabriel García Márquez, sigue siendo el indiscutible autor de un libro real, maravilloso e infinito, que fue creado para ser leído en soledad —que es como triunfa la mejor literatura—, cien años después de que viera la luz de los lectores, con o sin el Nobel.